



González-Allende, Iker (ed.): *El exilio vasco. Estudios en homenaje al profesor José Ángel Ascunce Arrieta*, Bilbao, Deusto, 2016. 420 pp.

En la historiografía contemporánea vasca, la figura del profesor José Ángel Ascunce ha destacado sobremanera en el estudio del exilio. Durante casi cuatro décadas ha estudiado esta temática centrándose en los que han afectado a la sociedad vasca y ha dedicado especial atención a la cultura de los exiliados de la postguerra (1939). De esta última, ha rescatado del olvido –y también del anonimato– a diferentes personalidades que tuvieron un papel destacado en el mundo de las ciencias, la política y las artes, dedicándoles buena parte de su reciente producción académica. Por tanto, la cantidad y calidad de su producción científica convierte a Ascunce en el principal experto sobre el exilio vasco, como se constata en libro que aquí se trae a colación.

Para esta obra, Iker González-Allende ha reunido a un importante número de especialistas en el exilio vasco con la finalidad de honrar desde diferentes disciplinas, variadas aportaciones y estudios de caso la trayectoria académica de Ascunce. Buena parte de este libro recoge la biografía académica del homenajeado, poniendo en valor sus publicaciones a través de una amena e interesante entrevista de la que se extraen lúcidas reflexiones vitales y profesionales, propias de un estudioso con una dilatada trayectoria.

Se presenta así, un análisis sugerente sobre la influencia que han tenido los exilios para el cambio de mentalidad en la sociedad vasca, destacando, sobre la base de su experiencia, un relato que incide tanto en el exilio de 1936 como en otros causados por la violencia terrorista hasta hace relativamente poco tiempo. Ascunce considera estos procesos dos de los puntos de inflexión principales en la historia vasca, marcados por la composición social, la religión, el idioma, el regreso de los exiliados, los contactos interior-exilio y las funciones desempeñadas por la mujer; cuestiones que, a su vez, afectaron a la producción y evolución de la literatura vasca, porque, al final, “la historia del País Vasco es una historia de exilios, de manera que el exilio y la emigración son partes fundamentales de su identidad” (p. 50).

En este sentido, la filóloga Mercedes Acillona analiza los espacios en el exilio vasco, destacando cómo una determinada persona construye su identidad en un marco contextual dominado por la carencia y el *no-lugar*. De este modo, el exilio se presenta como un espacio que tiene que ser reconstruido a través de lazos comunitarios que reafirmen la identidad, igualmente proteja a la comunidad de las injerencias culturales de la sociedad de acogida y evite, con el paso del tiempo, la pérdida de los rasgos identitarios, “pues los nuevos espacios que habita nada dicen de su identidad, salvo de su condición misma de desterrado” (p. 82).

Asimismo, a las iniciativas para mantener viva la llama de la identidad en el exterior, se sumaron las propuestas literarias y artísticas. Por ejemplo, durante el franquismo, la producción intelectual en euskera sufrió la prohibición, la persecución, el olvido y la proscripción. El especialista en el exilio cultural vasco José Ramón Zabala

profundiza en esta cuestión, señalando que la escasa producción realizada en este idioma durante las décadas de 1940 y 1950, propició que, a posteriori, pudiera producirse el renacimiento cultural vasco de los años 60. Y es que publicaciones como *Argia*, *Euzko Gogoa* y *Euzkaltzaleak* “fueron auténticas islas de euskara en momentos en los que éste apenas tenía un espacio natural en el que desarrollarse” (p. 100).

Igualmente importante fue la producción teatral durante el exilio, pues favoreció la cohesión y el sentimiento de comunidad entre los expatriados. En este sentido, Mari Karmen Gil destaca la importancia del fenómeno teatral vasco durante los años del franquismo, recuperando los trabajos del grupo *Antzerki* en Argentina y de los directores Eduardo Ugarte, José Martín Elizondo y Rafael López Miarnau, que diseñaron espectáculos “para recuperar desde la distancia el ambiente y la vida en Euskal Herria” (p. 123). El complemento perfecto a estas cuestiones es el capítulo dedicado al mencionado Elizondo, quien puso un gran énfasis en la producción de una idea estética “fundamentada sobre el compromiso político y la experimentación” (p. 326).

Pero, no solo la literatura, el arte y el teatro marcaron la memoria del exiliado vasco: el bombardeo de Gernika durante la Guerra Civil impresionó profundamente a la sociedad vasca y causó un fuerte impacto mediático en todo el mundo. La escritora Arantzazu Ametzaga y Xabier Irujo, profesor del *Center for Basque Studies*, combinan el relato personal del bombardeo con su análisis científico, concluyendo que el ataque fue un episodio traumático para muchos exiliados que nunca se olvidaron de Gernika, pues le dedicaron calles, plazas y parques al haber sido “de facto un símbolo de las libertades y los derechos políticos de la nación vasca” (p. 150).

Por último, el capítulo de la profesora Sueiro Rodríguez, sobre el papel del exilio vasco en el espacio educativo cubano, cierra el primer apartado de esta obra, denominado de estudios generales. La autora rescata figuras como Luis Arana Larrea y Anastasio Mansilla, cuyo pensamiento intelectual, vinculado a la universidad de La Habana, dejó una destacada impronta sobre los que serían futuros asesores y especialistas de la revolución cubana. Su texto ayuda a conocer mejor a esa otra parte del exilio vasco no solo nacionalista, sino también republicano y marxista. Aunque su presencia, como confirma Sueiro, no fuera tan significativa en Cuba como en otros países, tras el triunfo de Castro, “la contribución y la impronta de los exiliados vascos alcanzó mayor relieve y connotación” (p. 175).

La segunda parte de *El exilio vasco* está dedicada a los estudios de caso, en los que se recogen la producción y experiencia de intelectuales como Ernestina de Champourcin, María Luisa Elío, Carlos Blanco, Martín Ugalde, José Martín Elizondo, Eugenio Ímaz, Juan Larrea y Teodoro Olarte. Todos ellos guardan un punto en común: cómo el exilio marcó su producción literaria y cuáles fueron, desde sus respectivas ópticas y sensibilidades, sus estrategias para encarar la dificultad del desarraigo. Así, por ejemplo, Manuel Aznar, que analiza *Los nudos del quipu* de García de Guilarte, manifiesta la existencia de un conflicto generacional entre unos padres exiliados, aún interesados en su patria lejana, y sus hijos, más interesados en los asuntos de su “nueva patria”. Un conflicto, pues, como sintetiza Aznar: “entre la nostalgia de la tierra perdida y la imposibilidad de la vuelta” (p. 187).

Una melancolía que, igualmente, permea la obra de Ernestina de Champourcin durante su exilio en México. Desesperación, desarraigo, ausencia, vacuidad, son algunas de las etapas, que según la doctora Fernández Urtasun atraviesa la poetisa cuyos estadios ha distinguido en “afectivo, político, existencial, físico-emocional y teológico-metafísico” (p. 229).

Pesadumbres y añoranzas a las que se suman la realidad traumática del desarraigo en un contexto violento como el de la Guerra Civil. A través de la experiencia vital de la literata María Luisa Elío, la profesora Jato estudia cómo esta fue arrancada de su infancia y trasladada a una cruda realidad que con el paso del tiempo reinterpretó como una vida que le fue negada, en una constante “evocación de ese recuerdo imperecedero de la familia feliz antes de que la tragedia se desencadenara” (p. 253).

Elío no es la única niña de la guerra que aparece en la obra. Experiencias similares a las que esta vivió también se rastrean en los capítulos dedicados a la obra de Carlos Blanco y Martín Ugalde, como han estudiado la profesora González de Garay y Ariznabarreta, respectivamente. En la obra de Ugalde se observa, además, cómo este utilizó una estrategia determinada para encontrar una explicación a su situación de exilio, de discriminación y postergación: los colectivos marginales (indios y criollos); o, como señala Ariznabarreta, “en la medida que epitoman el testimonio de un eterno exiliado inconformista y, por ende, fueron construidos desde el compromiso con la memoria (a)callada de sus coetáneos vascos y vascos” (p. 284).

Con respecto a esta última cuestión también se observan puntos coincidentes en los capítulos relacionados tanto con la obra de Juan Larrea –un vasco universal–, analizada por González y Tejada, como con la del idealista filósofo vasco-costarricense Teodoro Olarte y del heterodoxo Eugenio Ímaz, los cuáles actuaron siempre convencidos de que por encima de todo se encontraba “la conciencia del otro” (p. 333).

En síntesis, *El exilio vasco* es una obra rigurosa, que combina experiencia y análisis científico. Está escrita por reconocidos especialistas de diferentes campos académicos, que con una importante base teórica prestan atención al fenómeno en un contexto general e insertan en este a los diferentes estudios de caso que aquí se presentan. De hecho, esto se comprueba a través del esfuerzo que han realizado los autores para hacer inteligibles tanto conceptos complejos como reflexiones teóricas. Este libro es el perfecto colofón a la trayectoria del profesor Ascunce Arrieta, con aportaciones muy notorias de los últimos estudios sobre el exilio vasco.

David Mota Zurdo
Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea
david.mota@ehu.eus